

Farallones: ojo memorioso



Si mañana despierto editores, 2000
119 páginas

Amilkar Caballero De la Hoz
Universidad del Atlántico

EL Libro *Farallones*, último poemario de Jorge Eliécer Ordóñez, nos extasía con una pluralidad de imágenes que brotan de la tierra, del aire, del mar, de la ciudad, del alma, de la memoria. Ordóñez nacido en Cali, autor de varios libros de poesía y profesor de literatura de la Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia en Tunja, es básicamente un poeta de la luz, pues toda su poesía pasa a través de su ojo memorioso que avista un caudal de imágenes bañadas

por el ciclópeo ojo del sol o la luna, o los ríos del alba, o iluminadas por las bengalas ardientes de la ciudad.

Farallones está segmentado en seis capítulos más una instrucción inicial de cómo leer el libro. Estas instrucciones están escritas en un lenguaje altamente lírico y pletórico en imágenes como una anticipación al lenguaje del poemario. Los capítulos forman una red entrecruzada de “lugares-tiempo” que almacenan imágenes que van sucediéndose y superponiéndose de manera entrópica. El poeta deja fluir sus imágenes con la misma libertad caótica de un Joyce o una Woolf. Por encima de los personajes están, entonces, los lugares y los tiempos, los lugares contienen a los tiempos y los poemas se suceden en una diversidad de tiempos indeterminados (cruce de caminos los llama el autor)

Por otro lado, el hombre parece ser un ser sin tiempo que sirve de testigo ocular de esos tiempos en cada espacio. El hombre de Ordóñez, por tanto, sólo mira, calla y habla. El poeta nos pone a mirar su mundo (el Valle del Cauca), su aldea, sus montañas, su mar, su gente y su historia como metáfora, primero de América, y por extensión, del mundo entero y la historia de la humanidad.

Sebastián, el oyente lírico, es, en consecuencia, cada hombre en cada tiempo de la historia, es el patriarca fundador, es el Moisés dejado en un Willis para ver el Valle

del Cauca, la tierra prometida; Sebastián es también el hombre de hoy de la ciudad, es el hombre de mañana que habrá de morir.

Los Farallones son el lugar-tiempo por excelencia. Allí es “*donde todo hombre ha de mirarse y festejarse*”, pues ellos encierran todos los tiempos y “miran” todos los lugares. Por ello, es el lugar “sagrado de la palabra”. En últimas, el hablante lírico se asimila a los farallones, ambos avistan, miran, hablan (los farallones lo hacen a través del viento, elemento de gran simbología en la poética de Ordóñez.

El poemario pretende ser síntesis, conjugación de todo en un instante de contemplación. Por ello, el hablante lírico, describe, narra, dialoga, presenta. El discurso no lleva un orden cronológico aparente pues hay multiplicidad de voces, tiempos y espacios confluyendo en total desorden. Sin embargo, el primer capítulo arranca de manera descriptiva usando verbos en presente del indicativo y el capítulo final termina usando verbos en futuro con una especie de premonición, una sensación de final de los tiempos y los espacios pues “*muy temprano habrá de recibirnos el silencio*”.

El primer capítulo describe entonces, la Creación, el Génesis (el viento es elemento creador); los siguientes, diferentes hitos de la historia de la humanidad (la aparición de la escritura, el descubrimiento de América, la aparición de las ciudades, la perversión de las mismas); y el capítulo final, nos muestra una premonición apocalíptica (se alude a destrucción de ciudades con la mención de Lot y la descripción de un cielo nublado; a la muerte con la utilización de la metáfora del viento como elemento que destruye lo que él mismo ha creado, la luz que parpadea en el bosque también simboliza destrucción; y, por último, se alude a la extinción de la palabra con la mención al silencio en los últimos versos).